

LA NOVELA DE MI VIDA

De Patricia Suarez- Adriana Tursi

Personajes

Ignacio, el escritor

José María, el hombre-abeja.

La madre, Dolores

Paulina O'Neil, luego Margarita Sánchez.

Escena 1

Living de una casa antigua. Sillones de distintos estilos, de orejas, de cretona. Un sofá de cretona con patas de león. Una mesita ratona de cristal. Una biblioteca con unos pocos libros y una vitrina con platos expuestos. Un cuadro con una pastora y dos ovejas. Una reproducción de Santa Casilda de Zurbarán. A su lado, un tapiz –a todas vistas casero- que representa unas rosas y la leyenda: “Lo esencial es que haya santos; no que realicen prodigios. Hay una fonola donde suena vieja música de jazz, Tony Bennet, Frank Sinatra, Dean Martin, Nat King Cole. Su sola presencia nos protege, su existencia por si sola nos enriquece.” A un costado, un bargueño con decenas de cajoncitos. Sentado al escritorio está Ignacio con una computadora portátil. Mira la pantalla, inmóvil y se tiene la cabeza con las manos. Suena el teléfono, con el viejo ring casi decimonónico. Se levanta a atender, es un teléfono de disco.

IGNACIO: Diga. No oigo bien. No, no corte. Ah, sos vos. No, no es la línea. Es el cable. No, no. El cable del teléfono que está medio pelado. Es un teléfono antiguo, de antes. No, ¡qué sofisticado, sos un tarado! Era la casa de mi viejo, mi abuelo, mi... ¿Cómo se llama la tipa que viene? Paulina Neil, BBC de Londres. O'Neil, sí. ¿Qué trae, camarógrafo, intérprete...? No, la verdad es que lo hablo como el culo al inglés. No, qué francés. Ahora que lo decís, en serbocroata le puedo hablar. No me hagás reír. Sola, viene: con un grabadorcito, qué tierna. No sabe donde se mete. La verdad es que aquí... Los Quirquinchos, kilómetro doce. Si pide un mapa en el Automóvil Club, no se pierde. ¡Pero yo qué sé, Germán, si maneja o no maneja! ¿A mí qué me importa? Vos querés que reciba los periodistas, a mí ni fu ni fa. Ni fu ni fa, te dije. Aparte ¿de qué novela les voy a ...? No, a *hablar*. Yo *vender* no *vendo*; no soy mercachifle. Eso te toca a vos. No, no la terminé. Me concentro, sí. Hasta me aburro de puro concentrado que estoy en esta mierda. Y vos querés que yo vaya y le hable como el profesor chiflado a Camila O'Gorman... ¡como se llame! Está bien, está bien. Ya sé, me calmo. ¿Cuándo viene? Hay alarma meteorológica: acá cuando el Servicio Meteorológico... ¡El Servicio Meteorológico de Ezeiza, Germán? Vos te creés que soy tarado, ¿qué miro los sapos para decirte que va a llover? Ay, pero qué idiota. Mirá si la tipa esta de la RAI se clava en el barrial que se hace, venís vos a sacarla... BBC, es lo mismo. La tormenta no perdona nacionalidades. ¡No me grites, Germán! Después te arreglarás vos con la Embajada cuando busquen un cadáver en el pantanal... Mañana 9 am. Me viene bárbaro. Para esa hora ya me estaré pudriendo con una novela inconclusa, colgado en una viga del techo, si es que las vigas de esta casa aguantan. ¿Qué? ¡pero sí, sí! Le abro la puerta, sí. ¡Hacéte dar por un burro!

Ignacio corta.

Ignacio: ¡Putá mierda!

Ignacio va hacia la fonola, busca un disco. Pone Mack the Knife, una versión de Sinatra y Dean Martin; hace unos pasos bailando, disfruta el baile, la música.

Ignacio: ¿Qué hago bailando? (*Vuelve a hacerlo*) ¿Qué carajo hago bailando?

Tocan a la puerta con los nudillos. Ignacio se sobresalta, se queda inmóvil.

Ignacio (*bajo*): Tan pronto? No puede ser.

Al otro lado, alguien mete la llave en la cerradura y forcejea.

Ignacio, despacio, va hacia la fonola y saca el disco.

Al otro lado, la persona que quiere entrar pateá.

Ignacio: ¿Qué clase de reportera...? (*grita*) ¿Quién es?

José María: ¿Quién hay adentro? Abra, ¡abra!

Ignacio: ¿Quién es?

José María: Abra o llamo a la policía.

Ignacio: ¿Para qué? Ay, Dios mío. José María, ¿sos vos?

José María: ¡Abra, abra!

Ignacio va y abre con fuerza la puerta. Mira a su hermano al otro lado, le cede el paso.

Entra a la casa un hombre de entre 40-45 años, grande, con panza, vestido de abeja.

Hay unos momentos de consternación donde ninguno habla. José María va hasta el sofá y se desploma agobiado.

Ignacio: ¿Qué hacés así?

José María: Milva me dejó.

Ignacio: ¿Qué hacés acá, José María?

José María: Milva me dejó. Se fue y me dejó.

Ignacio: Bueno, pero no te podés quedar, ¿sabés?

José María: La casa de papá es de los dos.

Ignacio: Yo estoy esperando a una periodista.

José María: La casa de papá no es un bulín.

Ignacio: No entendés. Viene una periodista inglesa. Estoy postulado a un premio importante, por mi obra. Al Rulfo. Yo no creo que lo gane, pero el hecho de estar postulado... Ella me viene a entrevistar porque soy el único escritor argentino postulado en los últimos cinco años...

José María: ¿Qué obra hiciste?

Ignacio: Mi escritura, mis libros.

José María: Ah.

Ignacio: Por eso no te podés quedar. Porque yo necesito estar tranquilo, solo. Para poder terminar mi novela "El borde de la noche", me quedan dos capítulos... tal vez tres... y la termino. Tres capítulos pero necesito paz. Porque después viene la inglesa esta y le tengo que dar el manuscrito y me faltan tres capítulos, dos a lo mejor. A lo mejor lo resuelvo en dos.

José María: Creí que hablabas del cuarto del tío Enrique. ¿Te acordás que quedó asqueroso como lo levantaste? Y eso que te recibiste de maestro mayor de obras. Se le cayó la pared de la piccita encima. Menos mal que no estaba él. Lo aplastabas sino...

Ignacio: ¿Cómo viniste hasta acá?

José María: Llorando, hecho polvo. Estoy hecho polvo. Me dejó Milva.

Ignacio: ¿Viniste en auto, en colectivo...?

José María: Vos sabés que se llevó todo. Todo lo que le compré yo.

Ignacio: Hasta las nueve hay servicio de El Galgo. Yo te acompaño a la estación.

José María: Otra mujer.

Ignacio: La gente a veces cambia de improviso. Pero sus sentimientos profundos, no. Vos tenés que ir y hablar bien con Milva. Vas a ver que sigue siendo la misma mujer de siempre, que te quiere.

José María: Se fue con otra mujer. Ahora hay una tipa que parece un tanque de guerra con Milva, mirando la telenovela en mi televisor. Bebiendo agua fría de mi heladera.

Ignacio: ...

José María: Pensé en pegarme tres balazos cuando lo supe.

Ignacio: No, no. Acá no; mirá (*saca de su bolsillo*), te tomás dos de estas. Dormís como un santo. Mañana será otro día y reflexionás (*acompañándolo a la puerta*). A lo mejor ella vuelve. En el micro dormís bien, no vayas a creer. No es como antes; tiene asiento reclinable, apoyapiés: es otra cosa. Vas volando.

José María: Pero la pistola está acá.

Ignacio: ...

José María: No me voy a ir sin la pistola, Ignacio.

Luego de un silencio.

Ignacio: Te consigo una. Mañana a la noche te la llevo a tu casa.

José María: No puedo esperar hasta mañana a la noche.

Ignacio: Hay un hotelito. Pasás el montecito de cardales y ves el hotelito.

José María: ¿Qué hotelito? Está lloviendo afuera ¿viste cómo llueve? ¿y encima me mandás entre los cardos? ¿Qué te pensás que soy, el cadete? Yo vine acá a suicidarme. Esta casa es tan mía como tuya y si yo quiero matarme acá, me mato acá. No entre los cardos.

Ignacio: Razón tenés razón, ¿sabés? Cuando tenés razón, yo no discuto. Sos mi hermano, yo no te quiero echar. Te lo pido como favor, por una vez. Andáte hasta mañana a la noche.

José María: Es que no puedo. ¡Milva me dejó!

Ignacio: Sí, me contaste.

José María: es un destino de nuestra familia, que las mujeres nos dejen. Mamá primero, después se murió la Canela, la perrita. A vos te dejó Laura...

Ignacio: No, yo la dejé a ella.

José María: Eso lo decís para consolarte. Pero ella ya tenía un amante.

Ignacio: No, estás confundido. Yo tenía una amante, salía con Carmen. ¿Te acordás de Carmen, la morocha que bailaba flamenco?

José María: Vos salías con Carmen, pero Laurita ya tenía al negro ese en el ropero. En cuanto desapareciste dos días, Laurita lo sacó del ropero y se casó con él. Después te dejó Carmen también. Vos sos como yo: ¡no tenés suerte con las mujeres!

Ignacio: No quiero hablar de ese tema ahora. Justamente ocurre que estoy esperando a una mujer. Pero no es la clase de cita que vos pensás, es importante.

José María: No debería serlo. Cuando ellas saben que es importante, es cuando te abandonan.

Ignacio: Acabo de decírtelo: es muy importante para mi carrera.

José María: Vanidad de vanidades lo tuyo. Pero a mí ¡a mí me abandonó mi esposa!

Ignacio: Milva, sí. Me quedó claro.

José María: Me dejó por otra mujer, Ignacio, una mujer que ahora duerme con ella en mi cama, usa mi ventilador y toma el agua de la heladera. Toma el agua de mi heladera, usa el aceite que yo guardo en la heladera, porque yo al aceite lo guardo en la heladera, no en la alacena. Porque me gusta que esté ahí, digan lo que digan: el aceite en la heladera.

Ignacio: Lo de la heladera se vé que tenía un peso importante para vos.

José María: En esa heladera de un frío, una Patrick a dos puertas con congelador, fue con la que empezamos el negocio. No había 'no frost', el 'no frost' vino después. Yo no entendía nada de panales cuando empezamos: estaba Milva, los libros que Milva leyó sobre apicultura y el viejo de Milva que algo sabía, pero yo al viejo de Milva no lo podía ni oler, no lo soportaba; así ella puso todo el empeño. Mirá para lo que sirvió: ahora Milva ya no está más.

Ignacio: No hables así, José María. Milva es tu esposa, no está muerta...

José María llora.

Ignacio: ¿Milva no está muerta, ¿no?

José María: El negocio no está más. Toda la semana abrí, me puse atrás del mostrador. Los clientes me pedían cosas. Un kilo de miel silvestre, medio de miel sólida... pero no les entendía lo que me decían: como si me hablaran en otro idioma. Ya no hay caramelos; yo no sé hacer los caramelos. ¿Sabés quién los hacía? ¿Qué le iba a decir a lo clientes? La persona que hace los caramelos ya no trabaja más acá... Me las quedaba mirando, sin poder hablar. Pensaba ¿sabés qué pensaba, Ignacio?

Ignacio: No, no, pero...

José María: Pensaba mientras tanto ¿qué hacen las lesbianas entre ellas? Porque no es lo mismo, no tienen la herramienta como vos o como yo. Como un hombre quiero decir. ¿Cómo lo hacen...?

Ignacio: Sabés que no creo que sea momento para pensar en el sexo, José María.

José María: en el sexo entre mujeres, que no es lo mismo.

Ignacio: No. Yo creo que podemos hacer es llamar un remise. No me mires así, un remise de San Antonio. Vienen en quince, veinte minutos. Vos por lo que cuesta no te hagás problemas, yo te lo pago hasta la ciudad. Vas a tu casa, lo que quedó de tu casa o como sea, o al negocio... Mañana será otro día y las cosas se ven distintas.

José María: Cometí un crimen, un pecado.

Ignacio (*desmoralizado*): No me lo digas. En todo caso mañana llamás y me lo contás. O llamás a la policía directamente y te entregás.

José María: La desesperación te hace esta puta cosa adentro del alma.

Ignacio: No creo que hayas hecho nada delictivo, José María. Yo te conozco y vos sos más bueno que el pan.

José María: Depende de a lo que vos llames delito.

Ignacio: Vos no sos capaz de matar una mosca.

José María se dobla y llora de dolor.

Ignacio: ¡Ay, ¡qué le hiciste!

José María: Rocié con kerosene las colmenas.

**Si desea ver la Obra completa por favor escribanos
solicitándola a través de nuestro sitio web desde la sección
"Contacto", muchas gracias.**